

El 24 de mayo de 1984 José Rodríguez de la Borbolla cumplía 77 días en la Presidencia de la Junta de Andalucía.

Esa jornada comenzaba su primera visita a la provincia de Córdoba en su nueva responsabilidad y decidió llegar por la laguna de Zóñar, donde vio su primera malvasía.

Ese gesto y la posterior política sobre la malvasía y su hábitat puso de manifiesto algo que hace apenas unos días refirió el periodista Josep Martí Gómez al socaire de los vientos que soplan de pedir lo contrario de lo que hay, muy probablemente sin tener claro lo que se demanda: “Gritar no es suficiente, hace falta la política”.

Si el presidente se hubiese quedado en eso, en fotografiarse detrás de unos prismáticos buscando patos ese nuboso día de hace ya más de treinta años, lo más probable que es hoy ni perdurase la malvasía ni la mayoría de los humedales del Sur de la provincia de Córdoba.

Hace unos días, un compañero del Máster de Liderazgo para la Gestión Política, de cuyos trabajos salió la idea del ensayo que hoy presentamos, me calificó en Facebook, sobre una fotografía de la portada del libro, como “el anticíclico, el salmón contracorriente”.

Ángel Martínez, que así se llama, probablemente querría poner de manifiesto que quien se declara autor responsable de esta obra, no tiene entre sus características personales la de la tibieza.

Del espíritu inconformista y profundamente crítico también con la situación que se vivía entonces, meses después del 10 de mayo de 2010, el día de la llamada de Obama a Zapatero, nace este ensayo, que creo que demuestra que el ánimo analítico debe ir más allá del sentido negativo. La crítica es análisis, no negación, no derrotismo.

En aquel máster había que preparar tres trabajos y para uno de ellos elegí el caso de la preservación de la malvasía en las lagunas cordobesas. Se trataba de explicar una política progresista.

El texto, encorsetado por la normas de la Universidad Autónoma de Barcelona, quedó clavado en las quince páginas de

máximo que se permitían, pero generó una dinámica en el grupo de tutoría en el que se vio y en parte del resto del alumnado que, a la postre, ha desembocado en el libro que hoy nos reúne.

El trabajo se tituló “La evolución de la protección medioambiental en el ámbito de la Comunidad Autónoma de Andalucía. El caso del lago de Zóñar y del pato malvasía”.

Mucho título y mucho caso para sólo quince páginas. Se quedó en el tintero bastante más de lo que entró en el texto.

De ahí nació “El pato que se hizo andaluz”, en el que se habla de compromiso, de decisión, de familia, de amistad, de ciencia, de investigación, de desarrollo, de innovación, de trabajo, de gestión, de oportunidad, de debate, de definición.

Se narran historias vitales, historias de oportunismo, historias de oportunidad, historias de enfrentamiento, historias de lucha por intereses encontrados, se cuentan anécdotas y vivencias, encuentros y desencuentros, éxitos y fracasos, reconocimientos y olvidos, amenazas y seguridades, sorpresas y certezas, generosidad y vileza, vida y muerte.

En definitiva, se relatan historias humanas alrededor de un pato y unas lagunas.

“El pato que se hizo andaluz” es un ensayo en el que se pueden conocer hechos y sacar conclusiones.

Yo voy a poner una encima de la mesa. Es el peligro que suponen determinados arquetipos que se han instalado en el debate ciudadano para cuestionar la esencia misma del sistema democrático.

Un ejemplo. Hace unos días oí a un profesor de una universidad pública, en un debate sobre la manera en la que se consume en el ámbito audiovisual, decir que “la gente es cada vez más importante y así se ha visto en las pasadas elecciones, en que se ha dado un vuelco importante”, como si hasta el pasado 25 de mayo esa gente no fuese importante y a las urnas hubiesen llegado las papeletas por

decisiones con menor legitimidad, como si aquellas papeletas tuviesen menos valor que estas.

En “El pato que se hizo andaluz” se constata que la gente, el empuje desde la sociedad y la consecuente plasmación de la decisión política, han sido siempre importantes, determinantes, y que el compromiso a veces tiene recompensa aunque que en otras ocasiones cueste la propia vida.

Intento contar en esta edición digital la manera en que personas decidieron comprometerse en modificar una situación, la de un pato que llegó a Europa desde Siberia, que en España se cita por primera vez junto a Sanlúcar de Barrameda en 1871 y del que en 1977 sólo quedaban veintidós ejemplares que se habían refugiado en la laguna de Zóñar, por cierto, el único humedal andaluz que cumple con las características para ser considerado un lago natural.

Un pato del que en su último informe anual se censan 2.175 ejemplares en 115 humedales de 16 provincias en seis Comunidades Autónomas y cuya pervivencia como especie ha sido posible por el ingente trabajo de muchas personas y una decidida política medioambiental que muy probablemente no se hubiese llevado a cabo si Andalucía no hubiese tenido una Administración autonómica.

La malvasía es un pato que quiso hacerse andaluz porque en Andalucía se cuidó el hábitat que necesitaba para vivir, porque aquí encontró andaluces sensibles con el medio ambiente, con el valor de la sostenibilidad.

La malvasía simboliza la validez de la política y el autogobierno. Su evolución ha sido posible gracias a la decisión y el trabajo de quienes a la postre fueron los precursores del ecologismo en Andalucía a finales de la década de los 70 del pasado siglo, y por el compromiso medioambientalista posterior de la Junta de Andalucía, a la que algunos de ellos llegaron para ejecutar estas políticas.

Hoy podemos hablar de la malvasía en presente y de las lagunas cordobesas como unos humedales que no pasaron a ser una

tierra más de cultivo porque esas personas y quienes a lo largo del tiempo han tenido, y tienen, capacidad de decisión y opción de trabajar sobre ella así lo han querido.

Este ensayo pretende contar sólo parte de esta historia, muy amplia, con muchísimos matices y testimonios y se ha hecho gracias a la colaboración de muchas personas, a las que desde aquí quiero reconocer el dadivoso comportamiento que han tenido conmigo, como se recoge en el epílogo del libro.

También, la verdad, han quedado fuera del relato otros muchísimos matices y testimonios, por falta de ocasión, tiempo o espacio, ya que este es el relato de un proceso de decisión humana muy amplio, que está lleno de aciertos y también de errores, en unos casos discutidos desde el punto de vista científico y en otros desde la perspectiva ciudadana y política, como en toda actividad humana.

Gracias a quienes han aportado su colaboración he podido articular esta crónica para una edición digital que permite enlazar con 178 imágenes que proceden primero del trabajo y el esfuerzo y después de la generosa cesión de sus autores.

“El pato que se hizo andaluz” cuenta con una base documental cuya relación supera el medio centenar de páginas y la participación directa y la colaboración de más de una veintena de personas.

Y muchos hitos cronológicos desde que en 1871 un acaudalado británico que se dedicaba a recorrer el mundo buscando aves hizo la primera referencia a la malvasía en Andalucía en la marisma próxima a Sanlúcar de Barrameda y la llamó “pato tarro”.

Y cuenta historias, muchas historias, muchas historias de personas que ponen en valor la decisión de las personas.

Hay historias, muchas historias de muchas personas, tantas como que se citan más de tres centenares de nombres, algunos protagonistas directos y en casos sometidos al escrutinio de la opinión pública y de la crítica social, y otros situados en el anonimato de la labor callada.

Personas que mostraron y muestran la generosidad de ese soneto anónimo de la mística española, utilizado como oración por los franciscanos, que abordo desde una sensibilidad un tanto aconfesional en su primera estrofa y que tanto gustaba recitar a García Márquez, como paladeándolo, en palabras de Félix de Azúa:

No me mueve mi dios para quererte  
el cielo que me tienes prometido,  
ni me mueve el infierno tan temido  
para dejar por eso de ofenderte.

Una historia, en definitiva, para que la he vuelto a contar con la complicidad del sello editorial de Rogelio Delgado, ahora dirigido por Rafael Arbide, y el apoyo en este acto de la Junta de Andalucía, representada en esta parte de la mesa por la consejera de Medio Ambiente y Ordenación de Territorio.

El caso de la malvasía y de las lagunas del Sur de la provincia de Córdoba es, sin lugar a dudas, la narración de una manera de hacer política que no debería estar hoy tan en peligro de extinción como estuvo la malvasía en Europa occidental hace 37 años.